

## Persecución

Sus pasos contra el suelo de piedra rompían el silencio de la noche. A lo lejos, el viento mecía las hojas de los árboles, y una lechuza ululaba a la luna nueva, pero él no oía nada de eso. Nada, salvo el clamor de la sangre palpitándole en los oídos y sus trabajosos jadeos mientras corría tratando de vencer a su propia sombra.

Al doblar la esquina frenó en seco. Otro callejón sin salida. Sin parar a pensar, dio media vuelta y echó a correr con renovada urgencia. Se le acababan las opciones. Sus perseguidores no tardarían en alcanzarlo. Permitiéndose solo un segundo para sucumbir al pánico, repasó su situación. Podía seguir huyendo, o buscar algún lugar seguro donde esperar a que sus enemigos pasaran de largo. No necesitó mucho tiempo para decidirse; después de todo, sus jadeos hacían evidente que la carrera le estaba pasando factura, y el ruido de sus pasos no tardaría en alertar a sus perseguidores.

A su izquierda se abría un callejón lo suficientemente estrecho como para que la oscuridad se lo tragase, y que contaba con dos salidas en caso de necesitar huir de nuevo. Apretándose contra la pared, esperó a que se calmara su respiración mientras aguzaba el oído, buscando señales de sus perseguidores. En el pueblo reinaba la calma.

No obstante, aquello no lo tranquilizó. Sus enemigos le superaban ampliamente en número, y además, contaban con linternas, por lo que podían permitirse avanzar con sigilo, mientras que él estaba condenado a la penumbra, por miedo a ser descubierto.

Con un sobresalto, vio un gato huir despavorido por la calle que acababa de dejar. Era una señal, pues en la quietud de la noche, pocas eran las razones que pudieran hacer reaccionar así al animal, y ninguna de ellas le favorecía.

Amparado por las sombras, avanzó hacia el otro extremo del callejón y, comprobando que no hubiera moros en la costa, salió de su escondrijo, justo en el instante en el que un haz de luz se dirigía al punto que acababa de abandonar. El enemigo estaba cercándole, y no le quedaba más remedio que correr de nuevo. Apenas había dado una docena de pasos cuando los vio doblar la esquina y salir a su encuentro. El tiempo se desdibujó mientras él se concentraba en esquivar las voces que le seguían, las luces que le apuntaban.

Derecha, izquierda y de nuevo a la derecha en un patrón que se repetía una y otra vez hasta que finalmente la iglesia quedó a la vista. Ahí, contra el muro de piedra, estaban sus compañeros, cabizbajos en la derrota, esperando el desenlace de la persecución, atentos para ver qué les deparaba el destino. Tenía que llegar hasta ellos.

Les separaban apenas veinte metros cuando lo oyó: alguien se acercaba desde detrás, recortando rápidamente la distancia entre ellos. Le iban a capturar, y solo quedaban quince metros.

Redobló sus esfuerzos, sintiendo cómo los pulmones le ardían en protesta.

Diez metros. Sus compañeros le animaban a continuar.

Cinco metros. El enemigo le pisaba los talones.

Un metro. Extendió la mano y, en el último instante antes de tocar la piedra del muro, gritó:

“¡Por mí y por todos mis compañeros!”

*Selene*